

OTRA FORMA DE VER LAS COSAS

por Joaquín Gracia Ruiz.

Para Malie, porque un día miró atrás.

Era un día de primavera. Todo en el bosque era bullicio. Las ardillas correteaban por las ramas persiguiéndose unas a otras, armando todo el estrépito posible y chillando alborozadas con cada nueva noticia que las hojas alcahuetas les traían. Más arriba, los estorninos piaban sin cesar reclamando su porción del dormitorio comunal mientras reyezuelos y gorriones cantaban sus sueños al sol matutino. Junto al río, un joven corzo bebía agua mientras unos conejos ramoneaban cerca. Sin embargo, un poco más lejos y más abajo, alguien protestaba:

-¡Silencio! Malditos alborotadores. ¿No podrían irse a cortejar a otra parte? Siempre encima de mí. Siempre. ¡Y pensar que cuando llegué aquí pensaba que esta casa era acogedora!

Su sinuoso cuerpo recorría despacio los oscuros túneles pues el escaso calor del ambiente no fluía por sus venas con suficiente fuerza. Lentamente se dirigió a la superficie y entrecerró sus ojos al deslumbrarle la brillante luz del astro solar. Al menos, el ruido que provocaban sus alegres vecinos, aunque seguía presente, no se notaba tanto en el exterior al no retumbar en ninguna pared ni crear ecos en ningún agujero.

Algo adormilada a pesar de su enfado, no se percató de un pequeño tejón que volvía raudo a su madriguera.

-Perdone, no la había visto –dijo el roedor, muy educado.

Y tras la rápida disculpa, haciendo una singular reverencia, siguió su camino. Ya casi había desaparecido tras unos arbustos cuando ella acertó a decir:

-¡Desvergonzado!

Su vista ya no era la misma y sólo distinguía alguna que otra forma borrosa. Sin embargo, era suficiente para procurarse alimento aunque en ciertas ocasiones terminase mordiendo una hoja muerta llevada por el viento. Se estaba haciendo vieja y aquello la ponía de peor humor aún. Decidió, entonces, dirigirse hacia la pequeña colina donde vivía su paciente amiga Dora. Conversarían un rato hasta el mediodía y pudiera ser que su siempre interesante charla aliviase su mal humor. No estaba lejos. Vivía en un tronco caído y oscuro y, aunque no entendía por qué había elegido ese lugar de la floresta, podía asegurar que era el lugar más concurrido y animado de la misma. Algo totalmente contrario al carácter reposado de su hermana.

Golpeó con suavidad la carcomida madera y una voz tranquila le contestó:

-Ahora salgo.

Una mirada llena de una cierta sabiduría la observaba poco después.

-Pareces algo enfadada...

-¿Sólo algo? Estoy harto de todos estos armando tanto jaleo. Ya no respetan nada.

-De joven tú hacías lo mismo, ¿no crees?

-Puede ser, pero ahora soy mayor y tengo todo el derecho a protestar. ¿Cómo puedes tú soportarlo?

-Porque cada tarde voy a la cascada.

-¿Cómo?

-Es algo que tendrás que averiguar tú misma. Te espero en la roca de la hiedra.

Y diciendo esto, movió su caparazón hacia allí. Todavía quedaba un rato hasta la tarde así que optó por reptar un rato en el claro del olmo donde el sol caldearía su castigado cuerpo. Además, con suerte, la algarabía sería allí menor.

Tras el mediodía se quedó un poco adormilada y no se dio cuenta de la hora que era hasta que la sombra de un tojo cubrió sus ojos. Casi había olvidado la cita con su compañera de fatigas. Con el calor del astro rey corriendo por su cuerpo, se encaminó rápidamente hacia el lugar. A duras penas pudo recordar dónde era pero, al ver la verde trepadora en la orilla, dirigió sus escamas hacia la piedra. Por el camino, algunas hojas se pegaron a su rostro afilado y pese a que intentó quitárselas, no pudo. No obstante llegaba tarde y no le gustaba, así que dejó para más adelante la limpieza del vegetal.

Ya allí vio nítidamente a su amiga, cubierta con el mismo adorno, al que unas gotas de rocío se le habían adherido.

-¿Lo ves? –preguntó la apacible anciana.

-Sí –dijo reflexiva-, ahora lo veo.

El vapor de la cascada se condensaba en la peculiar corona que rodeaba su cabeza y no sólo le servía para ver mejor sino que creaba un reino de particular belleza delante de sus olvidados ojos.

-Después de esto, entiendo que ella ha llegado.

Siguieron allí hasta que el sol abandonó el bosque mientras descubrían en sus vecinos las miradas y los gestos que, en otros años, habían poblado sus rostros. Una sonrisa afloró a los labios de ambas.

-Sí, es cierto –replicó la tortuga-. La primavera ha vuelto.